

Aviso de spoiler si  
no se ha leído  
*Amapola de sangre*

# *Darvo, Primer encuentro*



Enara de la Peña

*Darya,*  
*Primer encuentro*

Enara de la Peña

*Daryo. Primer encuentro*

Relato que complementa la novela *Amapola de sangre*  
*diciembre, 2016*

© Enara de la Peña, 2016

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2016

[www.escarlataediciones.com](http://www.escarlataediciones.com)

Barcelona

Fotografías de la cubierta: ©Pixabay

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmentos de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 93 272 04 47).

## Interludio Capítulo 3

---

### *Miedos Lógicos*

«Éste no era el plan», Daryo maldijo en silencio mientras levantaba del suelo el cuerpo inconsciente de la chica, acunándolo contra su pecho. «Esto no tendría que haber ocurrido así». Porque él siempre tenía un plan, una estrategia de lógica premeditada que le permitía salir de cualquier imprevisto. Calculaba sus opciones, analizaba las posibles variables y trazaba el recorrido más directo hacia su objetivo. Se consideraba metódico, práctico y eficiente. Su supervivencia se había basado en ello, en su capacidad para sortear los inconvenientes de la guerra, el conflicto armado, el espionaje y la traición. Hasta que el hambre le venció, «o puede que haya sido ella».

Caminó hacia la cama, el mueble más grande del reducido ático, y tumbó ahí a la víctima de sus imprudencias. Contempló sin disimulo ni pudor sus piernas, asomando desde el corto camisón, y ascendió las oscuras pupilas por la trémula piel, el sugerente escote, el suave cuello y su armonioso rostro. Se deleitó en el recuerdo de sus cuerpos,

sudorosos, anhelantes el uno del otro y paladeó en su mente ese instante que acababa de suceder. Repentino, fugaz y absolutamente satisfactorio. Daryo se lamió los labios, testigos del exótico sabor de su sangre, de la de ambos, mezclado en sus bocas, dibujando con sus lenguas el deseo que habitaba más allá de la tímida sonrisa de ella.

¿Hacía cuanto que no se alimentaba correctamente? ¿Que no cazaba su propia presa? Desde Praga. ¿Cuándo fue? ¿Hace dos años? ¿Más? ¿Una década, tal vez? Demasiado tiempo desde que se apartó de la tumultuosa vida social de los vampiros y sus problemas, o la mayoría de ellos. Sin un extremo desgaste físico no había necesidad de cazar. La comida humana y la sangre envasada bastaban como sustitutivo; eran nutrientes, al fin y al cabo, aunque deprimentemente insípidos. Su espartana dieta funcionaba si no había contratiempos, como un chupasangre agotando su paciencia.

Por suerte la férrea disciplina se antepuso al instinto y pudo parar a tiempo antes de desangrar a la mujer por completo. Había comprobado sus constantes vitales de forma enfermiza, revisado su pulso, respiración y funcionamiento de los órganos. Todo en orden. Entonces, ¿por qué no despertaba? Le había entregado su propia sangre.

«Maldita sea, ¿en serio lo he hecho?».

Sucedió de forma tan espontánea, tan natural e impredecible que para cuando fue consciente de su error, no había marcha atrás. Ahora estaban conectados y aunque su unión fuera la débil sombra del vínculo vampírico, los beneficios eran incuestionables. Y también bilaterales, si

se controlaba adecuadamente.

Daryo se sentó junto a la humana, disimulando la crispación en sus puños cerrados. A pesar de sentirse saciado, la picazón en sus entrañas regresaba, lenta y opresivamente. No era simple apetito, podía intuirlo, era una sensación parecida a la necesidad. Sí, necesitaba, ansiaba, anhelaba oír su dulce voz. Sabía que si la llamaba volvería a ver esos impresionantes ojos verdes, pero no estaba preparado para asumir la mirada de terror que, seguramente, dirigiría hacia su persona. Mejor dejarla dormir.

Había estado con otras mujeres a lo largo de su existencia, unido a ellas por profundos sentimientos de cariño o lealtad, incluso de admiración. Pero jamás alguien había conseguido despertar en él las desconcertantes emociones que esa chica le provocaba. «Solo nos conocimos hace un par de días». Bueno, más bien ése era el tiempo desde que se habían presentado formalmente. En realidad llevaba vigilándola más de un mes. Con sus idas y venidas a la redacción, su temerosa obsesión por el crepúsculo y la continua lucha por conservar intacto cada minúsculo centímetro de su apacible vida. Tranquila en apariencia, al menos para el ojo inexperto.

Él había descubierto su pánico a la noche, y con razón. Era fácil localizar a los acosadores nocturnos, a los vampiros que captaban su inquietante aroma y centraban su atención en ella durante unos peligrosos minutos. A lo largo de las semanas la observó esquivar con elegancia y calma en numerosas ocasiones al vigilante de seguridad del periódico. Hasta que no pudo más, hasta que fue impo-

sible evitarle. Y Daryo tomó la decisión de actuar, a pesar de las consecuencias que pudiera acarrear el inmiscuirse en la vida de su objetivo.

Él raras veces intervenía en el devenir de los humanos. El trabajo era el trabajo, y si el encargo consistía en localizar a la mujer sin mover un dedo hasta la llegada de quien le pagaba, él debía cumplir con su palabra. Su orgullo, su fama y su bienestar mental dependían de ello. Daryo volvió a centrar la atención en la joven mientras la cubría con una manta. «Se me ha ido de las manos». La inesperada pelea, el fantasma del hambre, la soledad a la que creía estar acostumbrado, su extraño aroma... podía enumerar una larga lista de excusas que justificaran su actuación esa noche. Sin embargo, ninguna tenía la fuerza suficiente para ahogar el arrepentimiento que amenazaba desde el fondo de su alma.

La joven murmuró en sueños y el *upyr* se contuvo de llamarla por su nombre. «Ariadna», repitió con dulzura en su mente. Acarició los mechones del cabello castaño rojizo que rozaban sus mejillas y los deslizó con suavidad para poder apreciar el rostro de la intrusa. Sí, era una intrusa, en su vida y en su casa. Tendría que haber cerrado la puerta con llave, tendría que haber actuado con más lógica, pero sucumbió a la sed y se dejó arrastrar por el delicioso olor metálico que asomó por la entrada, entornando la puerta, adentrándose en la habitación a oscuras.

¿Quién demonios hacía eso? ¿Entrar en una casa ajena y llamar a su dueño, en plena noche, en medio de un apagón?

Sabía que su regreso tras la pelea con el vampiro no ha-

bía sido, exactamente, silenciosa. En lo único que podía pensar era en calmar su apetito con alguna de las bolsas de transfusión que guardaba en el frigorífico. Se había confiado, creyéndose superior al ansia que lograba acallar desde su más tierna infancia, esa hambre que exigía su atención con inclementes punzadas de dolor desde la adolescencia. Nunca era suficiente. Podía alimentarse de humanos, vampiros, incluso probó sangre de criaturas que otros seres desconocían. Pero el hambre no cesaba. Y el descubrimiento de su objetivo, su vecina, la joven que ahora dormitaba en su cama, se había vuelto en la obsesión de sus noches en vela.

Acercarse a la joven implicaba retroceder en el tiempo y captar la esencia de los bosques cercanos a Nóvgorod, de retornar a los cálidos brazos de una difusa presencia maternal, de sentir la efímera ilusión del hogar. «Hogar», esa palabra que nunca había llegado a comprender o a sentir como propia. Por alguna extraña razón, estar en presencia de Ariadna era descubrir el sentimiento de pertenecer a un lugar, a una persona, a un mísero instante compartido.

Daryo apretó los labios, entre molesto e indeciso. Ninguna de esas sensaciones debía pertenecerle, era imposible que la joven le influenciara de esa manera. Impensable. Completamente irreal. Y sin embargo...

El golpe en la puerta le distrajo de sus pensamientos. ¿Visita a las dos de la mañana? Había hecho bien en desactivar el timbre, su sonido estridente le sacaba de quicio. Daryo cerró los párpados y se concentró durante un fragmento de segundo, lo suficiente para reconocer a los que



aguardaban al otro lado de la puerta. En cuanto abrió, una amplia sonrisa ocultó su rostro de desasosiego.

—Buenas noches, agentes.

—Buenas noches. —El joven policía que le contestó se tocó la gorra, más por costumbre que por educación. Llevaba una libreta en la mano y trataba de descifrar su propia letra mientras el compañero, con la experiencia que otorgan los años arrugando su entrecejo, le echó un rápido vistazo sin aparente interés—. ¿Es usted el inquilino del 9-D?

—Sí, ¿por? ¿Ocurre algo?

Entrar en sus mentes fue sencillo. Con las décadas había ido puliendo su técnica, preparada para criaturas mucho más peligrosas que aquellos insulsos humanos. Fabricó una ilusión para principiantes, algo con lo que trabajaba prácticamente a diario; hacía que eludieran la lámpara volcada, el desorden, la poca iluminación, la camiseta manchada de sangre del suelo y su propio aspecto, desnudo hasta la cintura y con las cicatrices de antiguas batallas pincelando su torso.

El agente de policía parecía satisfecho con el chaval en pijama y de expresión cordial que les atendía. Y Daryo también. El disfraz de crío amable y simplón era uno de sus favoritos. Básico y efectivo.

—Uno de los vecinos ha llamado preocupado por su situación —continuó el joven policía, con la melena azabache recogida en una larga coleta y una mirada que no terminaba de convencerse de la realidad. Sin embargo, no podía negar la evidencia: frente a él tenía a un recién estrenado universitario que debía estar descubriendo los cla-

rosucros de la independencia—. ¿Se encuentra bien? ¿Ha tenido algún problema?

—No, para nada. —Daryo contuvo la sonrisa maliciosa al percatarse que quien había llamado a los agentes de la ley era su inconsciente vecina. «¿De verdad, Ariadna, esperabas que unos policías te rescataran de mí?»—. Es solo que hemos sufrido un apagón y he acabado chocándome con todos los muebles de la casa. —Se llevó la mano a la nuca, en una ensayada muestra de vergüenza y timidez—. Mi torpeza ha debido asustar a los vecinos.

—Entonces, ¿todo en orden, señor Kro... Krovobich?

—Sí, agente. No se preocupe. —Al ver que no procedían a la formal despedida, Daryo le dio un empujón mental. Había algo en aquel humano que le inquietaba. Inmediatamente pensó en la Orden, «creía que no tenían cuartel en esta ciudad». No presentarse ante los autoproclamados guardianes de la humanidad era una descortesía que en breve iba a resolver. «Mañana, mejor». Y les demostraría lo sencillo que había sido saltarse sus sobrevalorados límites fronterizos—. Si no le importa, mi novia está durmiendo.

—Claro, señor. Que tenga un buen día.

La puerta se cerró y aquella pantomima finalizó.

Debajo de la mesa de café encontró el *táser* de su vecina, el desconocido objeto que se le había resbalado durante el forcejeo. Aún no había decidido si tacharla de valiente o de estúpida. Sopesó el arma y lo guardó en el primer cajón que vio. Quería que ella le necesitara, que él fuera su única arma. «¿Pero en qué estoy pensando?». Volvió a revolverse el cabello oscuro y se frotó con ambas manos la cara.

Tenía ganas de golpearse la cabeza contra la pared hasta asomar en el piso adyacente. Podría haberlo hecho, con las molestias que eso conllevaba y la inutilidad del acto. «Yo soy el estúpido. Un estúpido cobarde». Solo había una salida posible, nada atractiva, pero sí definitiva.

—Ariadna...

Captó su suave respiración, relajada y pausada. Visualizó los momentos en que los dos habían coincidido, cuando se vieron en el pub, cuando se presentaron en el rellano, cuando compartieron piel y carne a unos metros de donde se encontraban. Iba a borrarlo todo, no podía permitirse el lujo de dejar una fisura en su riguroso procedimiento, de mandar los meses de trabajo al traste.

No dudó, y aunque trató de adentrarse sutilmente en sus recuerdos para eliminarlos, se encontró con un infranqueable muro. «No puede ser». Más misterios desconcertantes. Solo había conocido a dos criaturas capaces de bloquearle, de evitar su intrusión, y ambos eran de su misma raza. Eran y son familia. «Pero ella es una mujer, ella no puede...». Por un instante se quedó en blanco, meditando la inesperada revelación que acababa de entrever.

Las piezas encajaron y su mente evocó al vampiro que se había puesto en contacto con él, hacía casi un año.

Estaba habituado a tratar con renegados, y que uno le contratara para localizar a un humano no le pareció tan descabellado. El problema era su historia, que evidenciaba un desestructurado equilibrio mental. Marcus Duchant debía estar loco si creía que Ariadna Laffont era su hija. Él, mejor que nadie, conocía la verdadera historia de los *meti-*

*sh*, sabía lo complicado de una concepción entre especies, de la ínfima posibilidad de que surtiera efecto y el resultado fuera criado y educado correctamente, creciendo y madurando de forma adecuada hasta alcanzar la edad adulta. No, no había más *metish* como él, como sus hermanos. Y menos una mujer.

La sola idea de pensar en una *mak*, una amapola, olvidada por la Orden y la Comunidad, abandonada a los intempestivos golpes de la realidad, llena de criaturas deseando probar el latir bajo su fina piel, le aterraba. Sintió compasión, rabia y preocupación hacia ella. Sintió demasiadas cosas que su cerebro trataba de asimilar a marchas forzadas. Debía respirar, conseguir una pausa y dejar que todo fluyera, como siempre hacía. Verlo con perspectiva, tratar de ser objetivo, analizar la situación y descubrir los puntos fuertes y flacos qué podía sacar de aquel inesperado encuentro para quedarse con lo provechoso.

Pero, sobre todo, debía impedir que Duchant se la llevara. «Nos cuidamos los unos a los otros. Solo confiamos en los nuestros, en nadie más. Nadie». No iba a permitir que un miembro de su familia acabara en garras de aquel maníaco. «Porque es mi deber protegerla, para eso fuimos creados». Era su obligación e iba a cumplirla. No lo haría por que quisiera guardar para sí su voz, cada fibra de cabello, cada suave pestañear o vacío suspiro. No, no era por el calor que inundaba sus entrañas con cada bocanada de aire de su delicioso perfume, ni por el sabor que aún bailaba en su lengua, de su sangre, de su piel, de sus besos de pasión que no quería que acabaran. ¿O sí?

«No debo implicarme tanto, no debo...». Ariadna gimió en sueños y él se inclinó de forma involuntaria, calmando su inquietud con una tenue caricia en la frente. Se estaba metiendo en terreno pantanoso y si seguía adelante con la misión terminaría asfixiado e, inevitablemente, siendo partícipe de los futuros acontecimientos. Porque acabaría actuando. Aunque cada célula de su cuerpo luchara por alejarse de la mujer que descansaba plácidamente entre sus sábanas, enfrentándose a sentimientos que jamás creería posibles en sí mismo, sabía con terrible certeza que daría su vida por ella, por salvaguardar su bienestar, por protegerla.

Tan natural como respirar, tan inevitable como el amanecer, Daryo se tumbó a su lado, la abrazó por la espalda y se dejó envolver por el embriagador aroma que emanaba su cuerpo. Aspiró, despacio, rozando con la nariz el nacimiento de su cabellera en la nuca, y lo supo con certeza, con absoluta nitidez, que nada lo detendría, nada los separaría. Desde ese momento se convertiría en su guardián de sangre. Lo quisiera ella o no.

